



OPINIÓN

Enrique
Dans

Transporte como servicio

La evolución del concepto de “coche que se conduce solo” de Google, desde que en 2012 anunció sus primeros 500.000 kilómetros recorridos sin accidentes, sugiere claramente un futuro que no hace mucho tiempo habríamos definido como ciencia-ficción.

En su última iteración, el vehículo toma la forma de un pequeño biplaza, en el que la interfaz con el usuario se reduce a dos botones: start y stop. Ni pedales, ni volante. Tras demostrar fehacientemente que la conducción autónoma es la forma más segura de moverse, la empresa ha decidido eliminar completamente el componente humano. Entrás en el vehículo, dices a dónde vas, y Google Chauffeur se encarga de llevarte. Es posible, incluso, que ya sepa a dónde vas sin que le digas nada.

Bajo esa consideración, el interés por poseer un vehículo desaparece: el transporte pasa a plantearse como servicio. Los seguros, en un entorno de conducción autónoma, dejan de tener sentido asociados al conductor, pues este no juega papel alguno. Conducir tu propio vehículo pasará a ser un lujo. Esos efectos, unidos a los que veremos sobre el transporte profesional de pasajeros o mercancías –los robots no se cansan, no beben y no cometen errores– tienen entidad como para redefinir un buen número de industrias.

En Estados Unidos, cuatro estados han adaptado su legislación para incluir vehículos autónomos. En Europa, Alemania, Holanda y España han autorizado pruebas en condiciones de tráfico real, y Finlandia espera hacerlo pronto.

Por otro lado, llama la atención la actitud de los jóvenes: parecen tener menos interés por conducir que generaciones anteriores, cuando el acceso al carnet y al coche suponían una auténtica declaración de mayoría de edad e independencia. Todo indica que van a tener razón.

Profesor IE Business School.